

CASTRO GUTIÉRREZ, Felipe, *Historia social de la Real Casa de Moneda de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, (Serie Historia Novohispana, 90), 2012, 254 págs.

Esta historia de la Casa de Moneda no es, como su propio título indica, una mera historia institucional. Al adentrarnos en sus páginas comprobamos que el interés de su autor, Felipe Castro Gutiérrez, está en el estudio de los trabajadores de la ceca mexicana. A través de ellos es cómo el lector se introduce en la realidad cotidiana del establecimiento dedicado a la producción de moneda en el México virreinal. El énfasis en lo social y la perspectiva que brinda la historia “desde abajo” permiten al autor dibujar un cuadro bastante novedoso y particular de la Casa de Moneda novohispana. Ésta se vislumbra como un espacio social donde se entablan relaciones laborales y personales (que van más allá de los muros del establecimiento), al tiempo que se implementan prácticas cotidianas y se desarrollan actitudes concretas en relación al trabajo. Hasta el momento los análisis históricos sobre las casas de moneda han pasado de puntillas sobre esas cuestiones, en gran parte, por la preponderancia del enfoque institucional. Una perspectiva, que por otro lado, el autor no excluye, él mismo escribe que “no podría abordar el estudio de los trabajadores sin ocuparse de la institución que los contrataba” (p. 13).

En este sentido, uno de los elementos a destacar dentro del conjunto del libro es que, si bien su parte esencial reside en un detallado estudio de los trabajadores de la Casa de Moneda basado, fundamentalmente, en información procedente de registros judiciales, asimismo nos proporciona un preciso y útil recorrido por los orígenes, la evolución, los fines y la jerarquía de la institución. Ciertamente, estudiar a los trabajadores implica, entre otras cosas, tomar nota de las condiciones de producción, la reglamentación y el contacto con los superiores y/o supervisores.

La información disponible es más abundante para el caso de las autoridades y los oficiales —funcionarios, cuando la administración real se hace cargo de la institución—, que para el de los trabajadores. La limitación de las fuentes, problema muy común entre los historiadores que tratan de reconstruir las experiencias de la “gente pequeña”, es salvada por Felipe Castro de forma exitosa. La mayoría de los datos en los que se sustenta el libro fueron reunidos a partir de una búsqueda minuciosa en numerosos expedientes judiciales. En este sentido hay varios aspectos que merecen comentarse. Uno de ellos es el empleo, fundamentalmente, de fuentes indirectas, es decir, aquellas que no versan explícitamente sobre el principal objeto de estudio. En los expedientes criminales el autor no sólo encontró información sobre los abusos y robos cometidos por operarios en la Casa de Moneda, también halló datos secundarios sobre las formas de remuneración, la división laboral, las herramientas empleadas, etc. Esto nos sugiere la necesidad de formular nuevas preguntas a las fuentes disponibles

para poder, de este modo, recolectar nuevos datos asociados a grupos sociales poco atendidos por la historiografía. Junto a las ventajas que ofrece esta vía documental adyacente, no se han de perder de vista los riesgos a los que se está sujeto. En efecto, el empleo de registros judiciales puede ofrecer una imagen deformada de los operarios, pues la muestra tomada comprende esencialmente a los trabajadores involucrados en robos. El autor, consciente de ello, no deja de señalar que no es seguro, pero sí posible, que esa muestra sea representativa (no hay que olvidar las penurias de muchos de los operarios y sus familias).

La obra, escrita de forma clara y amena, se divide en cinco capítulos. El primero de ellos, intitulado “Los orígenes”, nos introduce en el funcionamiento de la ceca mexicana, la cual sirvió de modelo institucional para el resto de cecas indianas. Se describen los distintos pasos seguidos una vez que llegaba el metal al establecimiento (la prueba de la ley de los metales preciosos, su preparación y la acuñación), así como las características de las monedas acuñadas. “Gobierno, oficios y trabajadores” es el segundo capítulo, en él se exponen las diversas funciones y actividades del personal de las distintas salas u oficinas. Según las actividades, se dividían en oficiales “superiores”, oficiales “menores” y operarios (obreros brazajeros y acuñadores o “monederos”). Aquí el autor muestra cómo, desde la segunda mitad del siglo XVI, los oficios “mayores” pasaron a ser objeto de transacciones (ventas, arrendamientos, herencias o garantías de préstamos) pues eran concebidos como una propiedad personal. Por otro lado, es también muy interesante la visualización de esclavos negros en el grupo de los trabajadores; en el siglo XVI éstos fueron la principal mano de obra de las hornazas. Su importancia en la vida productiva de los inicios de la Casa de Moneda contrasta, desde luego, con la escasa presencia que tuvieron en otros ámbitos productivos de las ciudades.

En el tercer capítulo, “La Nueva Planta”, analiza las transformaciones que experimenta la Casa de Moneda, a comienzos del siglo XVIII, al quedar bajo la administración estatal. Por entonces, se aprobaron nuevas normas que conllevaron la reorganización institucional, la construcción de un nuevo edificio y la introducción de nueva maquinaria; de este modo, las transformaciones llegaron a los procesos productivos y a las relaciones de trabajo. El autor no se limita a señalar los cambios habidos con la implementación de la nueva planta, también ahonda en las resistencias que dicha reforma tuvo que afrontar. Así, llama la atención la protesta de capataces y trabajadores frente al nuevo sistema, que puede ser considerada la primera huelga de la historia de la Casa de Moneda. O el proceso judicial —iniciado en 1728— contra oficiales de la ceca por defecto de peso y de ley en una partida de monedas que, en el contexto de confiscación estatal de los oficios vendidos anteriormente, tal vez pudo ser, como apunta el autor, “un ejercicio de intimidación para acabar con las protestas y negociar las compensaciones de los antiguos poseedores de puestos desde una posición de fuerza” (p. 89).

El siguiente capítulo, “Los empleados y los trabajadores”, atiende al mundo laboral de la Casa de Moneda bajo el nuevo sistema. Con éste los procesos técnicos se hicieron más complejos, la producción se amplió y el número de trabajadores aumentó. La mayoría de éstos eran españoles, no obstante no se trató de un grupo homogéneo, en efecto existían diferencias de acuerdo a los ingresos, a la posición o a si eran propietarios (estables) o suplentes (eventuales). Por otro lado, el autor muestra cómo la Casa de Moneda fue un espacio de sociabilidad de los trabajadores; en el establecimiento éstos se vinculaban entre sí, creaban camaraderías y enemistades y entretejían lazos de solidaridad. Una gran aportación de esta obra —a mi entender— es el análisis de las enfermedades de los trabajadores y la repuesta orquestada frente a ellos: el establecimiento de un socorro mutuo para los operarios y empleados de la fielatura. Sin lugar a dudas, es muy oportuno afrontar cuestiones de salud ocupacional desde la perspectiva de la historia social.

Los robos perpetrados por los operarios y las penas aplicadas ocupan el último capítulo, “Los ladrones, el juez y la vindicta pública”. Para precaver los robos, los administradores procuraron establecer fuertes medidas de control pero, lo cierto es que, los operarios mostraron gran pericia para robar pequeñas cantidades de metal. Según las ordenanzas de los Reyes Católicos, las únicas relativas a estos delitos, el robo en la Casa de Moneda debía ser castigado con la pena de muerte, sin embargo, a la luz del estudio de Felipe Castro, comprobamos que esa reglamentación no tuvo aplicación, ya que no hubo nunca una condena a muerte. Las penas más frecuentes fueron la expulsión y el servicio personal.

La obra concluye con un epílogo dedicado a las vicisitudes que atravesó la institución durante la guerra de independencia. Esa crítica coyuntura tuvo efectos bastante negativos para la Casa de Moneda: problemas en el abasto de insumos, emisión de monedas de cobre, desaparición de la sociedad de socorro mutuo, elevada mortalidad, etc. Una vez consumada la independencia, la institución, llamada entonces Imperial Casa de Moneda, comenzó una nueva andadura.

En suma, *Historia social de la Real Casa de Moneda de México*, presenta al lector en toda su complejidad y amplitud el universo laboral de una gran empresa estatal, como fue la Casa de Moneda mexicana, poco atendido, hasta el momento, por la historiografía especialista. Sin duda, estamos ante un libro del todo interesante y que a buen seguro se convertirá en una referencia importante para la historia del mundo laboral novohispano.

*Isabel M. Povea Moreno*